

Tomás Sarramía, Ph.D.*

El mundo de los números en *El Quijote*

Al repasar la biografía de Miguel de Cervantes resulta interesante observar su relación con el mundo de los números a través de las principales etapas de su azarosa existencia. Los números, junto a las letras, fueron parte esencial de su temprana formación y su uso le sería de gran utilidad, tanto en su primer viaje al exterior, recorriendo las principales ciudades de Italia a la sombra del cardenal Acquaviva, así como en las filas militares a las órdenes de Marco Antonio Colonna y de Diego de Urbina en diferentes expediciones o durante sus servicios en las flotas respectivas de Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz.

La habilidad matemática del insigne escritor se utilizó de forma especial durante su cautiverio en Argel. Algunos de sus biógrafos -Jerónimo Morán y Luis Ricardo Fors- han documentado el hecho de que Cervantes “dió algunas lecciones de idiomas, matemáticas y otras ciencias” a varios moros acaudalados de aquella ciudad norteafricana con el fin de procurar recursos con qué vivir y ayudar a sus compañeros de cautiverio.

Una vez liberado, se instala en Madrid y se dedica a los negocios: libranzas, negociación de cartas de pago y otras actividades similares. Dos años más tarde, se traslada a Sevilla para desempeñar un puesto de comisario de abastos al servicio de Antonio de Guevara, proveedor de la armada real. Enterado de unas vacantes en la administración de ultramar, solicitó al Rey Felipe II -aunque sin éxito- que le “hiciera merced de un oficio en las Indias” y específicamente se interesó en servir como contador en el Reino de Nueva Granada o con el mismo cargo en las galeras de Cartagena de Indias. La respuesta real le indicaba que buscarse un oficio en España y

Resumen

El lector más casual del *Quijote* puede percartarse de la profusa aparición de números a lo largo de las páginas que componen la obra cumbre de su insigne autor. Sin duda, la documentada habilidad matemática de Cervantes y su aplicación en las diversas actividades de su azarosa existencia, le sirvieron como un formidable recurso literario para presentar la extensa variedad de matices de la sociedad de una época e inyectar en los diálogos de los personajes una singular vitalidad.

algún tiempo después se le comisiona para la cobranza de las rentas adeudadas a la Corona. Se trataba de un cargo principal de verdadera autoridad, como delegado de la Real Hacienda, nada menos que “en vara alta de justicia”, con 12 reales diarios de sueldo -libre de gastos- que no resultaba insignificante si atendemos el valor de la moneda de la época y las condiciones de vida del siglo XVI.

Durante los ocho años que Cervantes dedicó a estos menesteres existe la constancia de que los llevó a cabo siguiendo estrictamente las normas de contabilidad requeridas por la Real Contaduría. Las altas sumas que se pagaban como garantía para el desempeño de tales oficios y los juicios de residencia que sufrían los funcionarios garantizaban -por otro lado- su recto proceder. Sin embargo, es bien sabido que sus tareas administrativas le produjeron a Cervantes notorios sinsabores y graves contratiempos, aunque nunca se puso en tela de juicio su honradez y competencia en el manejo de los números. Por ello, no es de extrañar que muchos de los episodios narrados en su extensa obra literaria se expliquen en términos numéricos y que los mismos tengan igualmente una activa participación en la larga serie de refranes, proverbios, aforismos y diálogos de los personajes a los que les inyecta una viva fuerza expresiva.

Lo mismo que ocurre con la mayoría de las obras cimeras de la literatura universal, la obra de Cervantes es una fuente inagotable de temas de estudio. Un vistazo a los catálogos y repertorios bibliográficos cervantinos nos pone al tanto de la gran amplitud de temas y enfoques diversos con que ha sido abordada dicha obra por parte de los especialistas¹. Uno de ellos, Mariano Pardo de Figueroa, refiriéndose al *Quijote* afirmaba que “es un libro tan grande que cada uno puede encontrar en él lo que le dé la gana”²; pero, curiosamente, ha sido la función y el uso de los números en la obra del genial escritor lo que ha producido menos páginas de la mano de estudiosos y críticos, con la excepción de algunas temáticas relacionadas³.

A lo largo de su obra, Cervantes acude a los números y los utiliza como valiosos recursos en su vasto mundo narrativo, con el propósito definido de resaltar distintos elementos descriptivos, y es precisamente en el *Quijote*, la obra literaria de mayor repercusión, donde se observa su aplicación con una mayor insistencia. Cervantes está convencido de la importancia de dominar los números y en boca del propio don Quijote subraya que un caballero, entre otras capacidades, “ha de saber las matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas”(II, 3)⁴.

La frecuencia con que aparecen los números a lo largo del *Quijote* es una larga muestra de un uso casi obsesivo. A modo de ejemplo vemos cómo en uno de los episodios, el relacionado con las bodas de Camacho (II, 20), Cervantes nos detalla distintas series de expresiones numéricas que utiliza no sólo para designar la cantidad de invitados y festejadores, zagales y doncellas, cocineros y ayudantes, sino también para detallar provisiones gastronómicas, instrumentos culinarios, labradores y animales, músicos y bailadoras y toda una extensa gama de enumeraciones con las que parece formar una interminable espiral de claras características barrocas.

Otros episodios en los que se destaca una gran cantidad de números son: el relacionado con la enamorada Altisidora, doncella de la Duquesa (II, 46 y II, 57), que sirven para mencionar toda una amplia serie de utensilios, animales, períodos de tiempo, cantidades de dinero y hasta “dos mil suspiros”; la aventura de la liberación de los galeotes (I,22) en la que se señala con precisión las edades de las gentes, los personajes que van a pie o a caballo, los azotes, las cantidades monetarias, el tiempo de condena, etc.; la descripción del soldado Vicente de la Roca, bravo galán, músico y poeta (I,51), cuyas habilidades, características y aventuras están numéricamente relatadas; lo mismo que ocurre cuando el Cautivo cuenta su vida y sucesos (I, 39-41), con gran despliegue numérico para designar gentes, edades, estratos familiares, fechas y cronologías, soldados y pertrechos, asaltos y escaramuzas, denominaciones monetarias, además de beligerantes y cautivos.

En ocasiones, Cervantes plantea problemas de fácil solución como el que presenta el episodio de Juan Haldudo, vecino de Quintanar, que le debía a un criado nueve meses de sueldo a razón de siete reales por mes (I,4); pero las dificultades surgen cuando se utiliza el complicado sistema monetario de la época, como en el diálogo en que Sancho le dice al Bachiller Carrasco:

Si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar a dinero, aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad (II,4).

Sin embargo, la confusión sube de tono cuando las burlas y el humor imprimen un tono divertido a través del empleo de los números; como ocurre cuando don Quijote le pide a Sancho que ponga precio a los tres mil y trescientos azotes que pide Merlín para producir el desencanto de Dulcinea,

y el escudero ofrece una enmarañada y divertida relación que termina por confundir al propio lector:

...son tres mil y trescientos y tantos; de ellos me he dado hasta cinco: quedan los demás; entre los tantos estos cinco, y vengamos a los tres mil y trescientos, que a cuartillo cada uno (que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen a hacer setenta y cinco reales, que juntándose a los setecientos y cincuenta, son por todo ochocientos y veinte y cinco reales.. . (II, 17)

Tras este ejemplo, cabe señalar la forma precisa y justa con que se manejan las diversas monedas que aparecen en el *Quijote*² y resulta obvia la experiencia de Cervantes en el manejo de las distintas denominaciones y sistemas, a veces tan dispares, como: el real de plata y el de a ocho; los cuartos y cuartillos; los cornados, maravedís y ardites; los ducados, doblones y pesos de Indias; o los cianís y zoltanís (sultaníes) mulsumanes y los cruzados portugueses que procedían de los territorios vecinos.

A veces, la solución a un problema tiene una doble perspectiva de ingeniosa respuesta, matizada con buena dosis de humor, como lo ocurrido en el episodio en que dos labradores hacen la apuesta de recorrer cien pasos, en cuya prueba uno de ellos que pesa once arrobas desafía a otro que pesa cinco, con la condición de que este último cargue con seis arrobas de hierro a la espalda para que puedan estar igualados. Ambos quieren una sentencia imparcial y le piden a don Quijote que sea el juez; pero Sancho interviene aconsejando que el más grueso sea el que elimine seis arrobas de su cuerpo para correr en igualdad de condiciones (II,66).

Debido a las exigencias de la versificación tradicional que requería una cadencia y una medida en su estructura, la presencia de los números también resulta imprescindible; en este sentido, Cervantes describe las dificultades del Bachiller Carrasco para componer un acróstico de Dulcinea del Toboso que le había solicitado don Quijote:

... a causa que las letras que contenía el nombre eran diecisiete; y que si hacía cuatro castellanas de a cuatro versos, sobraba una letra; y si de cinco, a quien llaman décimas o redondillas, faltaban tres letras; pero, con todo eso procuraríame beber una letra lo mejor que pudiese... (II,4).

Tomando como base aquellas obras que contienen las concordancias, palabras y frases utilizadas en el *Quijote*⁶, podemos saber la frecuencia con que se utilizan los números en dicha novela. Aparte del número uno, que aparece 3,829 veces, contando su función como nombre, pronombre o adjetivo (solo, único, entero etc.) e implicado con artículos indefinidos, es el dos el que aparece con más frecuencia en las páginas de la novela hasta alcanzar las 600 veces. El “dos” se presenta en ocasiones acompañado de sus múltiplos y con clara intención reiterativa, como sucede en la aventura del pastor enamorado cuando don Quijote “encontró con dos como clérigos o como estudiantes y con dos labradores que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía... dos pares de medias y el otro... dos espadas negras de esgrima” (II, XIX); o al principio de la obra, cuando el protagonista “vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas” (I,2); y también en aquella aventura de la hermosa morisca en la que se narra que “dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantín venían con estos doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte a dos soldados..”(II,63); o en la que “asomaron por el camino dos frailes de la Orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían”(I,8). La alta incidencia del número dos apoya la popular creencia de la estructura binaria de esta novela en torno a los personajes capitales y la dualidad ya tópica de idealismo y realismo.

El tres y el cuatro aparecen respectivamente en 203 y en 143 ocasiones. Al triplicar las agrupaciones de palabras, frases y oraciones, Cervantes logra un ritmo y una progresión distinta de la utilizada por los elementos paralelos de uso duplo. Resulta interesante la preferencia por el tres con el propósito de ensalzar virtudes, como se aprecia en la clara bondad que se destila de los consejos que don Quijote le da a Sancho: “si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo” (II,43); o en la discreción de la hermosa Dorotea quien “se diera tres puntos en la boca y aún se mordiera tres veces la lengua, antes de haber dicho palabra” (I,30).

El tres es el número esencial constitutivo de “la vistosa y matemática figura” descrita por Cervantes y que el Bachiller dibujaba “con aquellos tres ángulos agudos que las tres puntas formaban” (II,3). El tres relaciona triangularmente a un buen número de personajes que cobran vida en la novela: Don Quijote, el ama y la sobrina; don Quijote, Dulcinea y Lorenzo;

Anselmo, Camila y Lotario; Vicente, Leandra y Eugenio, etc.; mientras que el cuatro, tal como se explica al inicio del capítulo en que Sancho finaliza su gobierno (II,53), representaba el ciclo de las estaciones del año; los cuatro elementos, según la creencia del mundo antiguo; los “santos cuatro evangelios” (I,10); las etapas evolutivas del hombre: niñez, juventud, madurez y vejez; además de los lugares diferentes en los que desarrolla la acción de la novela: en el camino, en la sierra, en la majada y en la venta. Los grupos de cuatro también se encuentran en otras situaciones dentro de la obra: el nombre completo de la mujer de Sancho es “Teresa Mari Juana Gutierrez”; las cuatro suertes de linaje (II,6) y los nombres de la figura principal (*Quijote*, *Quijada*, *Quesada* y *Quijan*).

En la astrología, los números han ejercido mucho influjo en los ánimos inclinados a la superstición. El **uno** designaba el carácter sublime de la divinidad. Los números impares, y en especial el **tres**, merecían la veneración de los antiguos y estaban consagrados a las cosas divinas y el **cuatro** se miraba entre los pitagóricos como el símbolo de la perfección.

El **cuatro** también se utiliza en el *Quijote* para designar grupos pequeños de personas: “cuatro criados a caballo”, “cuatro salteadores”, “cuatro turcos”, “cuatro pastores”, “cuatro salvajes”, etc.; mientras el **cinco**, aparece en el texto en 41 ocasiones, se utiliza mayormente para enumerar castigos (años de prisión, penas y azotes). Con mucha frecuencia, se observa que el autor recurre al uso combinado de algunos de los primeros cinco dígitos de la numeración decimal para expresar una cantidad fija: “sin hacerla pedazos [la lanza], hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro” (I,3); “cinco de los seis cabreros” (I,13).

También ocurre todo lo contrario, el uso combinado de los primeros cinco dígitos se utiliza para indicar una cantidad indefinida, aunque dentro de un parámetro determinado: “digo cuatro sino eran cinco” (I,18); “venía un coche con cuatro o cinco de a caballo” (I,8); “no hay día en que tres o cuatro veces no le atormenten” (I,47); “cada uno de ellos tenía uno o dos sabios” (I,13); “sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces” (I,3).

Según la *armonía de los números*, o aquella parte del sistema en que Pitágoras fundaba el principio de todas las ciencias, el número seis simbolizaba la justicia ya que los antiguos geómetras dividían todo sólido en seis partes iguales.

En el *Quijote*, el **seis** aparece en 76 ocasiones y con mayor frecuencia que el dígito anterior. ¿Será casual esta predilección si tenemos en cuenta que la justicia es precisamente una de las virtudes esenciales del caballero andante?

El **siete**, con una ocurrencia de 23 veces, ha tenido tradicionalmente un carácter sagrado que recuerda el candelabro de los siete brazos de los judíos, los siete dones del Espíritu Santo, los siete pecados capitales, los siete dolores de la Virgen María, etc. No obstante, a lo largo de la novela, el **siete** se asocia con palabras relacionadas con la geografía, la historia, los libros de caballería, los juegos de naipes y los salarios:

El filisteazo de Goliás que tenía siete codos y medio de altura. (II,3)

El templo famoso de Diana contado por una de las siete maravillas del mundo. (II,8)

Ases ni sietes no veas. (II,3) A siete reales cada mes. (I,4)

El número **ocho** se repite con mayor frecuencia que el anterior y aparece en 38 ocasiones; mientras que el **nueve** tan solo se menciona en 5 lugares de la obra, a pesar de las propiedades simbólicas que desde tiempos inmemoriales se atribuyen a los números impares, especialmente al 1, 3 y 9, por considerarlos de buen agüero; en este sentido no es casualidad que el poeta Virgilio mencionara esta circunstancia en uno de los versos de sus *Eglogas*: “Numero Deus impare gaudet” (A Dios le es muy grato el número impar).

El **diez**, que según la citada “armonía de los números” encerraba las maravillas del universo, comprende a todos los dígitos que le preceden y se cita en 53 ocasiones. El **once**, a pesar de ser un número maestro en la numerología, es tan infrecuente como el “nueve” y sólo aparece en seis ocasiones; mientras que el **doce**, conocido como número abundante -cuyas partes alícuotas sumadas forman un todo mayor que el número- se repite 36 veces.

La persistente frecuencia del **dos** y en menor escala de los **tres**, **cuatro**, **seis** y **doce** que predominan entre el uno y el doce, muestra la popularidad del sistema duodecimal en la época de Cervantes -especialmente en el uso de los números bajos-, lo que denota la herencia legada por los romanos. Debido a que el doce tiene seis divisores (1,2,3,4,6 y 12), se cree que el sistema duodecimal es más ventajoso que el decimal. Muchas de las divisiones romanas que aparecen en el *Quijote* todavía las estamos utilizando: la yarda [vara] en tres pies; el pie en doce pulgadas [dedos]; la legua en 20,000 pies; los doce meses del año y las 24 horas del día.

El número **trece** requiere una especial mención. Desde la antigüedad, las costumbres populares señalan a ciertos números algunas cualidades nada

apreciables y el trece, desde tiempos inmemoriales, que se ha tenido por infausto entre los antiguos pueblos del norte europeo es aún hoy motivo de superstición por creerse que trae desgracia³. La ausencia de este número en la designación de los pisos de hoteles y condominios o filas de asientos en aviones y trenes de pasajeros es el resultado de la vigencia de esta superstición, al considerar el número trece como fatídico. Por ello, resulta interesante notar que en el *Quijote* tan sólo aparece dicho número en dos ocasiones y, en ambas, para referirse exclusivamente a la frase coloquial de “estar en sus trece” que indica la actitud de mantener a todo trance una opinión; frase centenaria tan ampliamente conocida que dejaría de tener significación con cualquier otro número, por lo que la utilización del trece resulta insustituible.

Los números **catorce** hasta **veinte**, además del **veintidos** y el **veinticuatro**, se utilizan casi exclusivamente para designar la edad de la gente. El **veinte** se encuentra 25 veces, casi en la misma proporción que el **siete**. Y muchos de los números del **veintiuno** hasta el **noventa y nueve** –ambos inclusive– no aparecen en la novela o se mencionan una o dos veces; así como el **24**, **36**, **48** y **72** que se expresan generalmente en docenas.

En lo relativo a las centenas, el número 100, expresado en forma apocopada, se encuentra en 35 ocasiones (el **ciento**, en 17) y el resto de las unidades de centenas se reduce a una frecuencia entre dos y trece; algunas de ellas (500 ó 600) no se mencionan.

De las 111 veces en que aparece el **mil** –salvo contadas excepciones–, se usa de hipérbole, asociado con la palabra **vez**, y cuando dicho número aparece junto a palabras concretas, expresa un sentido de irrealidad: “que me viva él mil años... y dos mil si fuere necesidad”; “Estaba hecho mil pedazos”; “Alfombras de mil colores”. Al igual que ocurre con las centenas, los millares se usan comúnmente en la novela para exagerar las expresiones y –salvo unos pocos– se utilizan preferentemente en pares; pero cuando se trata de medidas itinerarias o cantidades monetarias se usan indistintamente y con precisión: “tres mil doscientas treinta y siete leguas”; “mil quinientos sultaníes y medio real”.

Las decenas y centenas de millar no son frecuentes y el **millón** se expresa en cinco ocasiones. En algunos pasajes se supera esa cantidad: “Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia...” (II,16); aunque el número más alto utilizado es: “mil millones de gracias”. No obstante, en repetidas ocasiones, se utilizan los términos **sin número** o **infinito** para

expresar un valor mayor que alguna cantidad asignable: “eran sin número”, “un número infinito de Príncipes”, “infinita distancia” (II,3)

Todos los números empleados en la obra se escriben con letras (inclusive las divisiones capitulares que adoptan la numeración romana), salvo en dos lugares específicos que aparecen con cifras: en la fecha (**20 de julio de 1614**) que aparece al final de la carta que escribe Sancho a su mujer (II,36), y también en la fecha (**16 de agosto a las cuatro de la mañana**) de otra que le escribe el Duque a Sancho (II,47). En el resto de las 17 cartas y notas que se cursan entre los personajes, todos los números –incluso las fechas– se expresan igualmente con letras.

Esta aparente falta de eficiencia en el ahorro de esfuerzo, tiempo y espacio al escribir los números con letras se supedita, en parte, a la norma general adoptada en las obras literarias en las que suelen escribirse con letras: las horas, las distancias y especialmente las cantidades puestas en boca de los personajes, ya que resulta lógico que una persona no hable con cifras sino con las palabras que las nombran.

Los números cardinales que aparecen en el *Quijote* tienen una clara incidencia muy superior a los ordinales que apenas aparecen; en cuanto a los proporcionales y partitivos se aprecia una incidencia mayor (**medio** y **mitad**, por ejemplo, se usan respectivamente en 160 y 142 ocasiones). Estos últimos aparecen generalmente para expresar medidas mínimas de longitud y de tiempo. En ocasiones, los fraccionamientos sirven para inyectar una clara dosis de humor a los diálogos de los protagonistas:

¿Qué diablos de venganza hemos de tomar –repondió Sancho– si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aún quizá no somos sino uno y medio? –Yo valgo por ciento– replicó don Quijote. (I,15).

Finalmente, a través de estas notas puede observarse cómo Cervantes utilizó los números como un importante recurso para presentar la extensa variedad de matices de la sociedad de una época. Sus correrías por los pueblos de Andalucía y La Mancha fueron las cátedras donde aprendió a pintar sus múltiples personajes⁴ y retratar todos los vicios, virtudes y milagros de la actividad humana para plasmarlos en las páginas de una obra de máxima repercusión⁵; una obra tan singular y maestra que cada lectura constituye una singular ocasión de aprendizaje.

Notas

1. Especialmente en Armando Cotarelo Vallador, *Padrón literario de Miguel de Cervantes...* (Madrid, 1948); Gabriel Martín del Río, Catálogo Bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional (Madrid, 1930); *Catálogo de la II Exposición Bibliográfica Cervantina* (1948); *Anales Cervantinos* (publicados desde); *Estudios Cervantinos* (Valencia, 1950); Julio Cejador. *La lengua de Cervantes* (Madrid, 1906); Juan Suñé Benages. *Fraseología de Cervantes* (Barcelona, 1929); Ricardo del Arco y Garay. *La sociedad española en las obras de Cervantes* (Madrid, 1951).

2. Mejor conocido como Dr. Thebussem en los círculos literarios, fue uno de los promotores del movimiento cervantino en la España de finales del XIX.

3. Piernas y Hurtado. *Ideas y noticias económicas del Quijote* (Madrid, 1876), tema similar que fue tratado por Carlos Martínez Silva, diez años más tarde, en Bogotá; Jacinto Hermúa. *Cervantes administrador militar* (Madrid, 1878).

4. Al final de cada cita de *El Quijote* se indica el libro o parte y capítulo correspondientes.

5. El doctor Felipe Mateu Llopis, Catedrático de Paleografía y Diplomática de la Universidad de Barcelona, publicó un interesante y documentado estudio, "Las monedas de Don Quijote y Sancho" (*Homenaje a Cervantes*, Valencia, 1950, pp. 167-193), en el que analiza y compara detalladamente los diferentes tipos de moneda que se mencionan en la novela a través de las distintas correrías de los protagonistas por las distintas regiones españolas y comprueba matemáticamente la exactitud del manejo.

6. Julio Cejador y Franca, *La lengua de Cervantes* (Madrid, 1906); Clemente Cortejón, *Diccionario de todas las palabras usadas en el Quijote* (Madrid, 1905-1913); Carlos Fernández Gómez, *Vocabulario de Cervantes*, publicado por la Real Academia Española, Madrid, 1962; Enrique Ruiz-Fornells, *Las concordancias de El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha* (Madrid, 1980); Juan Suñó Benages, *Fraseología de Cervantes* (Barcelona, 1929).

7. Hay quien supone que la fatalidad de dicho número radica en Judas que formaba [dicen] el número trece del grupo de apóstoles.

8. Ricardo del Arco, ya citado, menciona que se ha llegado a contar 669 personajes en *El Quijote*: 607 hombres y 62 mujeres. Y a modo de curiosi-

dad estadística, Carlos Fernández Gómez (pág.1101), ofrece los siguientes datos: "La extensión total de la producción de Cervantes alcanza la cifra de 1,057,114 palabras de las que 1,022,485 corresponden a la prosa y 34,629 a la parte poética, siendo *El Quijote* la obra más extensa con 378,486 palabras (repartidas en 185,009 en la primera parte y 193,477 que corresponden a la segunda".

9. Según Martín de Riquer (Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, Barcelona, 1990), desde 1530 a 1539 se publicaron 175 ediciones de *El Quijote*. Teniendo en cuenta que la tirada de los libros de caballería era de 1,000 ejemplares y que la población de la monarquía española (excepto las Indias, pero incluyendo a Portugal) era de nueve millones y medio de habitantes, resulta una cantidad muy respetable de ejemplares vendidos.